

LA RUTA DE LA MEMORIA

El encanto de las vías del tren

La calle Ferrocarril era uno de los lugares preferidos por los getafenses. Las tardes soleadas pasear por la zona y sentir como el azote del viento golpeaba la cara de los viandantes al paso del tren gustaba a grandes y pequeños. Las vías siempre han tenido ese encanto que invita a jugar en sus cercanías a los niños y que empuja a los más maduros a deambular por los alrededores, sobre todo si tu pareja te acompaña. El día que Carolina Lindo fue inmortalizada en esta fotografía por el que hoy es su esposo, hace cerca de treinta años, ambos paseaban por la zona. Las vías del tren fueron testigo de ese noviazgo que hoy día se mantiene vivo.

Muchos oriundos recuerdan que la calle Ferrocarril no sólo fue el lugar de paseo y juegos preferido de los getafenses, sino también una de las zonas favoritas de los manifestantes sindicalistas que protagonizaron sonadas protestas durante las postrimerías y la entonces recién instaurada democracia. Las piedras del camino fueron empleadas muchas veces como proyectiles contra los avezados

policías que se esmeraban para conseguir controlar a las masas. Con los pedruscos también se entretenían los más pequeños. Era la manera que tenían de afinar su puntería y, para ello, no podía faltar un blanco: los flamantes cristales del tren. La estampa del padre cabreado soltándole la reprimenda a su retoño por cometer tamaña fechoría se repetía a menudo. A finales de los setenta la vía dividía al pueblo en dos. En muchos de los tramos, los pasos subterráneos o a nivel con o sin barreras no existían, por lo que muchos getafenses cruzaban a diario de un lado a otro tomando las máximas precauciones. La consigna para los más pequeños era clara: nunca cruzar de un lado a otro, y si había que hacerlo comprobar muy bien antes mirando a ambos lados que no venía ningún tren. Los abuelos, siempre preocupados por los más pequeños, no dudaban en desviar su paseo diario para acercarse a la zona a ver si sus nietos, que solían habitualmente corretear por allí, estaban sanos y salvos.

Getafe fue creciendo y para muchos las vías del ferrocarril eran un



obstáculo. Empezó a fraguarse la idea de soterrarlas, de esta forma desaparecería la barrera arquitectónica que dividía la ciudad, al igual que los ruidos y la preocupación porque algún día un getafense no viera el tren y ocurriera una desgracia.

En 1998 el proyecto se puso en marcha. En 2000 ya era una realidad. El 24 de noviembre fue el día elegido para celebrar el acto de inauguración al que acudieron lo más granado de la política municipal, junto con autoridades como el director de infraestructuras de RENFE, Ramón Escribano o el vicepresidente de la Comunidad de Madrid, Luis Eduardo Cortés. El cubrimiento de la travesía férrea coincidió con los 150 años de la llegada del ferrocarril a Getafe.

Todavía los más viejos del lugar recuerdan al cerrar los ojos el traqueteo del ferrocarril. El desagradable sonido que desprenden los centenares de coches que circulan hoy sobre al asfalto de la zona no es comparable con ese golpeo rítmico que desprendían los trenes.

Ruth Holgado

Foto cedida por Vicente Rodríguez